

Surya-yoga

El Sol, centro del universo.

Todo lo que existe en la Tierra está contenido en estado etérico en el Sol

Sin duda lo habéis observado, mis queridos hermanos y hermanas: cuando el Sol aparece, la naturaleza está silenciosa, atenta; se recoge como si quisiera recibir algo del Sol. Durante unos minutos, la tierra, los animales, los insectos, los árboles, todo se serena y se calla, incluso los pájaros... Los pájaros se despiertan antes de la salida del Sol, están contentos, vuelan, cantan, pero, cuando el Sol empieza a salir, se paran un momento... Sólo los hombres siguen haciendo ruido; son los únicos que no han comprendido nada. Toda la naturaleza se calla, pero ellos siguen dando golpes, hablando, gritando, como si este acontecimiento que afecta al universo entero no tuviese ninguna importancia. Ahí es donde se ve qué irrespetuosos e ignorantes son, porque no saben aprovechar todos los beneficios que aporta la presencia del Sol...

Y vosotros, que venís cada mañana a la salida del Sol a la Roca*, ¿por qué venís? Algunos, para hacer como los demás; otros, para

* En el Bonfín, desde el primer día de primavera hasta el final del verano, los miembros de la Fraternidad Blanca Universal se reúnen en un promontorio rocoso para meditar viendo la salida del Sol (Nota de los editores).

admirar un bello espectáculo... Pero ¿cuántos vienen para hacer un trabajo grandioso y comprender, por fin, lo que es el Sol? Muy pocos. Por eso, me gustaría hablaros del significado y de la importancia del Sol, de las posibilidades y de las riquezas que nos da, para que tengáis nociones claras que os ayudarán a hacer un gran trabajo espiritual.

Actualmente se habla mucho del yoga. Ya os dije algo sobre él al presentaros las diferentes clases de yoga que existen y que proceden, sobre todo, de la India y del Tibet, pero también de China, Japón, Egipto, Persia... Porque todas las religiones tienen su yoga, incluso el cristianismo. Sí, los cristianos han practicado siempre la adoración, la oración, la contemplación, la abnegación, el amor para con el Creador, éste es el aspecto predominante de la religión cristiana, y, en la India, a esto se le llama Bhakti-yoga, el yoga de la devoción, de la adoración, del amor espiritual. Sólo que este yoga conviene a ciertos temperamentos, mientras que otras personas tienen unas cualidades y unos dones diferentes y hay que darles, por tanto, otras posibilidades. Numerosos son los caminos que llevan al Señor. Los cristianos se han limitado a una Sola vía, que es, por otra parte, maravillosa, no hay que criticarla; pero los hindúes, en cambio, son más ricos, han dado muchos otros métodos.

Para aquéllos que están hechos más bien para el estudio, la reflexión filosófica, el trabajo del pensamiento, han aportado el Jnani-yoga, el yoga del conocimiento, para que puedan unirse al Señor por la vía de la inteligencia.

Hay otros que no tienen esta inclinación por la ciencia y la filosofía, ni ninguna gana de arrodillarse, de contemplar y de adorar: tienen una

voluntad poderosa, energías que gastar, una gran abnegación. Quieren servir a los demás, quieren trabajar. El Karma-yoga está hecho para ellos, es decir, el yoga de las obras, de las realizaciones, de los deberes que hay que cumplir sin esperar pago ni recompensa. Karma-yoga es el yoga de la acción gratuita y desinteresada.

Para aquéllos que quieren dominarse, controlar sus instintos, sus impulsos y sus tendencias inferiores, existe el Radja-yoga: gracias a la concentración y el autodomínio, también ellos llegan a alcanzar al Eterno, a fundirse con Él, y se convierten en “reyes” (radja significa rey) de su propio reino.

Kriya-yoga es el yoga de la luz: pensar en la luz, conocerla, comprenderla, rodearse de colores, introducirlos dentro de uno mismo y proyectarlos a su alrededor. Este es un trabajo magnífico, es el yoga de Babadji.

Hatha-yoga es para aquéllos a los que les gusta hacer ejercicios físicos, realizar toda clase de posturas, de *asanas* como se los denomina: doblarse, retorcerse, hacerse un ovillo, estirarse, ponerse boca abajo, levantarse, hacer pasar las piernas por detrás de la cabeza, etc... Estos ejercicios, que están basados en el conocimiento preciso de los centros que ponemos en funcionamiento al adoptar tal o cual postura, exigen mucha voluntad y perseverancia. El Hatha-yoga es el más propagado en occidente, pero los pobres occidentales no tienen el temperamento y la constitución de los orientales, ni las condiciones de calma y de silencio para practicarlo, y muchos acaban desequilibrándose física y psíquicamente. ¡Cuántos me han confesado que habían abandonado el Hatha-yoga porque sentían que se estaban

desequilibrando! Hay que ser muy prudentes. Yo nunca he aconsejado a los occidentales que practiquen este yoga.

Agni-yoga es el yoga del fuego: pensar en el fuego, trabajar con el fuego, despertar el fuego en uno mismo. Puesto que el fuego es el origen de toda la creación, el Agni-yoga es también un camino que conduce hacia el Creador.

Chabda-yoga, el yoga del Verbo, consiste en pronunciar ciertas fórmulas -o mantras- en tal momento, tantas veces, con tal o cual intensidad... El Verbo es un poder, y aquél que sabe cómo actuar con este poder obtiene grandes resultados.

Me gustaría hablaros ahora de un yoga que supera a todos los demás: es el yoga del Sol. Ya era conocido en el pasado: los griegos y los egipcios lo practicaban, así como los persas, los aztecas, los mayas, los tibetanos... Ahora ha sido abandonado, sobre todo en occidente. Como en sánscrito Sol se dice "*surya*", le damos a este yoga el nombre de "Surya-yoga". Este es mi yoga preferido, porque reúne y resume por sí solo todos los demás yogas. Sí, ¿por qué no juntar todos los yogas en uno sólo?

El discípulo de la Fraternidad Blanca Universal no puede seguir siendo un ser estrecho, limitado, porque representa al hombre de la nueva vida que debe desarrollarse en todos los terrenos. Debe actuar con un desinterés absoluto, y esto es hacer Karma-yoga. Debe buscar a Dios, amarle, adorarle, y esto es hacer Bhakti-yoga. Debe meditar, concentrarse, para llegar a dominarse, a gobernar todo el pueblo de sus células, y esto es hacer Radja-yoga. Cuando está sentado en

meditación en la Roca, o cuando ejecuta los movimientos de nuestra gimnasia por la mañana, o los de la Paneuritmia, hace, si queréis, Hatha-yoga... Proyecta luz y colores, se rodea con un aura luminosa: hace Kriya-yoga. Se concentra en el fuego, y éste le da la posibilidad de quemar todas las impurezas que hay en él: hace Agni-yoga. Procura, sin cesar, ser dueño de su palabra, no pronunciar palabras que separen a los seres, que introduzcan la duda o el desánimo, y se esfuerza, por el contrario, en ser un conductor de la nueva vida, lo que es hacer Chabda-yoga. Finalmente, se concentra en el Sol, lo ama y lo busca, lo considera como una puerta que comunica con el Cielo, como la manifestación de Cristo, el representante de Dios: y esto es hacer Surya-yoga. El discípulo que lo practica no rechaza ninguno de los otros yogas, al contrario, es un ser completo, vive en la plenitud.

Os muestro el nuevo ideal, el nuevo modelo de humanidad que se crea en la Fraternidad Blanca Universal: seres cuyo ideal es desarrollar todas las cualidades y virtudes. Porque, en el Surya-yoga están comprendidos la adoración, la sabiduría, el poder, y también la pureza, la actividad, la abnegación, la luz, así como el fuego sagrado del amor divino. Por eso los próximos días voy a ocuparme de presentaros el yoga del Sol, para que sepáis lo que es y qué beneficios recibís viniendo cada mañana a ver la salida del Sol.

Con los otros yogas sólo desarrolláis una parte de vosotros mismos, mientras que con el Surya-yoga ponéis en actividad todos los centros que hay en vosotros, porque os conectáis con el poder que dirige y anima a todos los planetas de nuestro universo, el Sol, y, así, obtenéis forzosamente resultados. Por eso puedo deciros que todos estos yogas, que eran considerados en el pasado como magníficos, y que siguen

siendo magníficos, cederán el sitio al Surya-yoga que los supera a todos, porque, a través del Sol, trabajamos con Dios mismo. Algunos, que lo han experimentado, han tenido resultados, y no podéis imaginaros todo lo que han ganado, ¡en qué luz, en qué claridad, en qué maravilla viven! Hasta os diré que lo que nadie ha podido enseñarme me lo ha revelado el Sol, porque ningún libro puede daros lo que el Sol os dará si aprendéis a entrar en relación con él.

Esto es muy fácil de comprender, y os daré un ejemplo muy sencillo. Imaginaos que leéis un libro, el mejor: la Biblia, o los Vedas, o el Zend-Avesta, pero es invierno, no tenéis calefacción, y cogéis frío y tenéis que acostaros. Sí, ¡el mejor libro no puede calentaros! Y si os habéis vuelto anémicos, porque habéis leído o trabajado demasiado, tampoco el libro puede volver a daros vitalidad. Mientras que el Sol, en cambio, os da calor, luz y vida: es, pues, el mejor de los libros.

Nadie se da cuenta aún de la importancia del Sol. La ciencia se ocupa de él, claro, pero para utilizarlo, para embotellarlo, para venderlo. Sólo ven siempre el aspecto material, financiero. Del aspecto espiritual están lejos, ¡tan lejos!... Incluso los religiosos, y sobre todo los religiosos. Y es justamente este aspecto espiritual el que quiero mostraros: lo que representa el Sol, sus rayos... cómo desarrollarse espiritualmente gracias al conocimiento del Sol, a la práctica del Sol, sabiendo cómo mirarlo, cómo contemplarlo, incluso cómo penetrar en él...

El Sol es el origen y el padre de todas las cosas, es la Causa primera; la Tierra y los demás planetas han salido de él, él es quien los ha engendrado. Por eso la Tierra contiene los mismos elementos que el

Sol, pero en estado sólido, condensado. Los minerales, los metales, las piedras preciosas, las plantas, los gases, los cuerpos sutiles o densos que se encuentran en el suelo, en el agua, en el aire y en el plano etérico, han salido del Sol. Así pues, los productos farmacéuticos, que han sido fabricados a partir de sustancias minerales o vegetales, vienen del Sol... Sí, todos los medicamentos, todas las quintaesencias que los químicos han logrado extraer y preparar, vienen del Sol. Veréis en un momento qué camino se abre ahora para el discípulo, cómo, concentrándose en el Sol, puede apropiarse, captar en su pureza original los elementos necesarios para su equilibrio y su salud.

Actualmente, los hombres se atiborran de medicamentos, se tragan farmacias enteras con la esperanza de curarse. Nunca piensan en ir a buscar más arriba, en las regiones sutiles, otros elementos mejores; se contentan con tomar en el plano físico las sustancias que necesitan. ¿Y de dónde vienen estas sustancias? Del Sol. ¿No es preferible, entonces, ir a buscarlas directamente, arriba, a la fuente?

Para comprender esta idea, debemos saber que el universo en el que vivimos se ha formado por condensaciones sucesivas¹. Al principio había fuego. El fuego, poco a poco, emanó de sí mismo una sustancia más densa, el aire, que, a su vez, emanó el agua. Y el aire quiere volver hacia su padre, el fuego, pero el fuego le dice: “No, no, estoy harto de ti, vete, ¡eres muy feliz allí abajo!” Y el aire se pone a llorar, a llorar, ¡y ahí está la lluvia! Diréis: “¡Vaya explicaciones!” Sí, son explicaciones... ¡“de la casa”!... El agua, a su vez, se desembarazó de los elementos más densos, y se formó la tierra. Además, ahora se tienen pruebas científicas de que la vida en la Tierra salió del agua. Cada elemento es una condensación de otro elemento más sutil: el aire del fuego, el agua

del aire, la tierra del agua. Pero, más allá del fuego que nosotros conocemos, existe otro fuego, la luz del Sol, que es el origen de todas las cosas y en la que podemos encontrar en estado sutil, etérico, todo lo que existe en la Tierra.

Diréis: “Pero, ¿qué sucedió para que todos estos elementos se condensasen?” Bastó con que se saliesen del centro. El centro, es el Sol. Cuando los elementos contenidos en el Sol se alejaron hacia la periferia, se condensaron, se volvieron opacos, pesados... Y lo mismo sucede con nosotros, mis queridos hermanos y hermanas: al alejarnos del centro, del seno de Dios, nos volvimos apagados y pesados. Para volver a encontrar nuestra pureza y nuestra luz, debemos volver hacia el centro.

Vais a ver cómo todas las religiones coinciden en esta búsqueda del centro, o, si lo preferís, simbólicamente, del Sol. Cuando el hombre decide volver hacia el centro, se producen cambios en todo su ser... Os he hablado a menudo de este artefacto que vi, hace años, en Luna Park. Era una plataforma redonda, giratoria, a la que se subían los jóvenes... La máquina se ponía en marcha, el movimiento se aceleraba cada vez más, y, pronto, los que se encontraban en la periferia eran atrapados por el torbellino de las fuerzas centrífugas que les desequilibraban y les proyectaban por todos lados hacia el exterior, mientras que los que permanecían en el centro se quedaban en su sitio, de pie, inmóviles, sonrientes. Gracias a esta imagen, os mostré que, cuanto más os alejáis del centro, tanto más os veis sometidos a una fuerza desordenada, caótica, y, poco a poco, perdéis vuestro equilibrio y vuestra paz. Pero, cuando os acercáis al centro, al contrario, el movimiento cambia, y os sentís en la calma, el gozo, la dilatación.²

A partir de este tipo de observaciones los Iniciados han descubierto unos estados de conciencia extraordinarios que les han permitido establecer una ciencia, una filosofía, unos métodos. Sus investigaciones, sus descubrimientos han llegado hasta nosotros, y ahora os los transmito para vuestra utilidad y vuestro perfeccionamiento. Pero, debéis comprenderme: yo tengo el privilegio de disponer de un lenguaje muy claro, muy sencillo, casi infantil, mientras que todo lo que podáis encontrar en las obras de los religiosos y de los filósofos ¡es tan abstracto y oscuro! Pero ¿por qué no simplificar la expresión de las grandes verdades?... Esta es una cualidad que Dios me ha dado: la de saber presentar las cosas clara y sencillamente.

Al venir cada mañana con el deseo de contemplar al Sol, de extraer fuerzas de él, de penetrar en él, pero también de encontrarlo dentro de nosotros mismos, abandonamos la periferia para volver hacia la fuente, en la paz, la luz, la libertad, en unión con Dios. El Sol es el centro de nuestro sistema solar y todos los planetas gravitan a su alrededor en un movimiento armonioso. Este movimiento armonioso de los planetas alrededor del Sol es el que debemos imprimir a nuestras células. Pero, para ello, tenemos que encontrar el centro en nosotros, el Sol, el espíritu, Dios. Entonces, todas las partículas de nuestro ser entran en el ritmo de la vida universal y las sensaciones y estados de conciencia que experimentamos son tan maravillosos que no hay palabras para expresarlos. Hoy os presento el aspecto filosófico de esta cuestión del centro; después veremos el aspecto práctico, mágico. Todavía no lo conocéis, y nada es más importante.

“Pero, diréis, ¿es absolutamente necesario ir a ver la salida del Sol? ¿No es lo mismo rezar en casa?” En vuestra habitación podéis, desde

luego, rezar, conectaros con Dios, encontrar el centro; podéis tener los mismos resultados, los mismos éxtasis, por supuesto. Pero, si al mismo tiempo que rezáis respiráis el aire puro, si os exponéis a los rayos del Sol, realizáis esta unión con Dios, no sólo intelectualmente, con el pensamiento, sino también físicamente, con el aire, con la luz, y entonces vuestra oración es más completa. Aquí, en la salida del Sol, sois ayudados por unos factores muy poderosos: el aire puro, la paz, todo este espacio, este calor, esta luz... ¡Es la plenitud! ¿Veis, queridos hermanos y hermanas?, si sabemos situar correctamente las cosas y apreciar su valor, nos acercamos más rápidamente, más eficazmente, más maravillosamente a esta fuente de la vida que todos necesitamos.

Todos los seres sin excepción tienen necesidad de volver hacia la fuente. Lo comprenden de diferentes maneras, pero, en realidad, todos buscan al Señor: los que no hacen más que comer y beber, los que buscan a las mujeres sin saciarse nunca, los que desean la riqueza, el poder o la ciencia... todos buscan a Dios. Mi interpretación ofuscará quizá a los religiosos, porque son a menudo estrechos de miras y están llenos de prejuicios, y dirán. “¡Es imposible que los hombres busquen a Dios por estos caminos tortuosos!” Sí, no existe ninguna criatura que no busque a Dios. Sólo que cada una comprende y busca a Dios a su manera. Sería preferible, claro, que supiesen dónde está y cómo encontrarle en perfección, pero Dios está un poco en el alimento, un poco en el dinero, y también en el amor de los hombres y de las mujeres... Sí, estas sensaciones de plenitud, de dilatación, de maravilla, es Él quien las procura. Y desear la autoridad, el poder, es también querer poseer un atributo de Dios. Querer ser bellos y arruinarse incluso en los institutos de belleza en operaciones de cirugía estética, o de no sé qué, también es tratar de tener una cualidad de Dios: la belleza. Y hasta los glotones, que se pasan todo el día en comilonas, si no fuese

porque así degustan un poco al Señor, no sentirían este placer del paladar o de las entrañas. No existe nada bueno, hermoso o deleitable que no encierre por lo menos algunas partículas de la Divinidad. Sólo que, para encontrar verdaderamente al Señor, nosotros no preconizamos todos estos caminos tan costosos, groseros y deplorables. Mostramos el mejor camino, el que nos lleva a Él directamente.

Lo primero que hay que hacer es ser conscientes de la importancia del centro y comprender cómo la búsqueda de este centro provoca grandes cambios en nosotros, incluso sin que nos demos cuenta. Cuanto más nos acercamos al Sol con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma, con todo nuestro pensamiento, con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad, más nos acercamos al centro, que es Dios, porque, en el plano físico, el Sol es el símbolo de la Divinidad, su representación tangible, visible. Y todos estos nombres abstractos y alejados de nosotros que se le dan al Señor: Fuente de vida, Creador del Cielo y de la Tierra, Causa primera, Dios Todopoderoso, Alma universal, Inteligencia cósmica... pueden resumirse en la imagen del Sol, tan concreta y próxima a nosotros. Sí, podéis considerar al Sol como el resumen, la síntesis de todas estas ideas sublimes y abstractas que nos sobrepasan. En el plano físico, en la materia, el Sol es la puerta, la conexión, el médium gracias al cual podemos unirnos al Señor.

Tomad lo que hoy acabo de deciros, consideradlo, meditadlo... Y, sobre todo, no digáis: “¡Ya lo sé, ya lo he oído, ya lo he leído!” Aunque sea verdad, haced como si no lo fuese, porque, si no, no evolucionaréis jamás. Esta es la actitud del mundo entero: para mostrarse superiores,

todos se amparan y refugian detrás de esta reacción. Cualquier cosa que se les diga, ya lo saben siempre, ya lo han oído, ya lo han leído. ¿Por qué, entonces, no han realizado nada? ¿Por qué siguen siendo débiles, enfermizos, limitados? Si tuviesen el verdadero saber, saldrían de sus dificultades, vencerían los obstáculos. ¡El verdadero conocimiento hace triunfar en todo! Pero no han hecho nada, ni siquiera han vencido ciertas pequeñas debilidades, chapotean siempre, ¿cómo queréis, entonces, que crea en su superioridad?... Debéis cambiar de actitud, dejar de interpretar estos papeles. Vuestro orgullo oscurece tanto vuestra inteligencia que os impide evolucionar. Así que, expulsad este orgullo, sed más humildes, haced como si acabaseis de oír lo que os digo por primera vez, y decid: “¡Qué interesante!, ¡qué descubrimiento!, ¡qué revelación!”, y veréis, entonces, qué progresos haréis. Sí, yo sé qué es lo que os impide evolucionar.

Tomad lo que hoy os he dicho como una verdad muy importante; anotadla, medítadla, y no la olvidéis jamás, porque cuanto más avancéis en este nuevo yoga, desconocido o menospreciado, más descubriréis su eficacia: os dará las posibilidades de aclarar numerosas cuestiones, y de actuar después en consecuencia. Empezad, pues, por aprender que, al mirar el centro del sistema solar, restablecéis dentro de vosotros mismos un sistema idéntico con su propio Sol en el centro: vuestro espíritu, que vuelve, que se instala y toma el mando. De momento, dentro de vosotros hay desorden y caos, no hay centro, no hay gobierno, no hay cabeza: todos vuestros inquilinos comen, beben, gritan, saquean; los pensamientos, los sentimientos, los deseos se pasean todos en desorden. ¿Cómo queréis resolver vuestros problemas con esta anarquía? ¡No lo conseguiréis! Primero debéis ser, interiormente, como un sistema solar, poseer interiormente el Sol, para

que todo gravite alrededor de un centro, pero de un centro luminoso, cálido, y no aceptar más un centro que sea apagado, débil, sucio, estúpido... ¡Vamos, limpieza! A todos aquéllos a los que habéis tomado como guías, ignorantes o sabios, gentes de vuestro entorno o personajes históricos, debéis verificarlos uno tras otro diciendo: “¿Acaso eres tan luminoso como el Sol? ¿No? Entonces, ¡fuera, vetel!... ¿Y tú, eres tan cálido como el Sol? ¿No? ¡vamos, fuera!” Después de este barrido, de esta purificación, instaláis al Sol. Y, cuando el Sol se presente, cuando vuelva a tomar su lugar central, cuando esté presente en vosotros, real, vivo, veréis de lo que es capaz. A su llegada, todos los habitantes que hay en vosotros sentirán a su jefe, a su amo, a su señor.

A menudo os he dado el ejemplo de los niños en una clase: riñen, se pelean... pero en cuanto llega el maestro, todos los niños vuelven a su sitio con un aire inocente y cándido, y le escuchan en un silencio formidable. Tomemos también el ejemplo de los cantantes de una coral o el de los soldados de un cuartel: en cuanto falta la cabeza, el director de la coral o el capitán, cada uno hace lo que quiere, pero, cuando la cabeza llega, todos se ponen en su sitio y empieza el trabajo... De momento, en el hombre, el corazón ha bajado al lugar del vientre y el vientre se ha puesto en el sitio de la cabeza... y el cerebro se ha caído a los pies. Esto es lo que yo veo: las piernas arriba, la cabeza abajo, ¡todo al revés!

Tomemos otro ejemplo: una familia que está discutiendo... De repente, un amigo al que todos estiman y respetan viene a hacerles una visita; entonces, veis cómo se esfuerzan los pobres por olvidar sus rencillas y adoptar unas formas y unas actitudes decorosas: “Pero siéntese. ¡Qué felices estamos de verle! ¿Qué tal está?”... y hasta se

miran amablemente para que el amigo no se dé cuenta de que se encontraban en plena tragedia. Pues bien, ¿por qué no utilizar la misma ley e introducir dentro de nosotros mismos la “cabeza” más luminosa, la más cálida, la más vivificante: el Sol? Entonces, instintivamente, mágicamente, todos encontrarán su sitio, porque tendrán vergüenza de mostrarse groseros ante este amigo o este superior... Cuando estallan dentro de vosotros discusiones, tumultos, revoluciones, si os ponéis a rezar con mucho ardor, de un solo golpe todo se serena, y volvéis a encontrar la calma y el gozo: es porque ha venido dentro de vosotros un amigo, y, gracias a él, todos los habitantes se han callado. ¿Cuántas veces lo habéis verificado, verdad? Y si le rezáis a este amigo con más asiduidad y fervor todavía para que no se vaya, para que se quede y habite en vosotros para siempre, para que se instale en el centro de vuestro ser y ya no se mueva más, entonces, la paz y la luz reinarán eternamente en vosotros.

Los hombres viven como si se encontrasen en una caverna iluminada solamente por una velita: ven justo lo suficiente para salir del paso, y ni siquiera saben dónde están. Pero, cuando el Sol llega con su luz, de repente se dan cuenta de que estaban rodeados de tesoros, de riquezas, de esplendores, pero, como no los veían, nunca habían tratado de acercarse a ellos. Es como aquél que está sumergido en el agua hasta el cuello y grita: “¡Tengo sed! ¡Tengo sed!”... Toda su vida grita “tengo sed”; tiene agua y no es consciente de ello. Cuando el Sol penetre en vuestra alma, en vuestro espíritu, podréis ver todas las riquezas que poseéis.

La presencia del Sol os aporta la luz, pero también el calor. Durante toda la vida los hombres tiritan, tiritan: “Tengo frío, nadie me ama,

necesito amistad, afecto”, y todos buscan un poco de calor en las mujeres o en los hombres. Qué queréis, ¡para calentarse se arriman unos a otros! Pero el verdadero calor no se encuentra en esta clase de acercamientos, porque, en cuanto cesan un poquito, de nuevo vuelve el frío y tiritan como antes.

No, mis queridos hermanos y hermanas, las cosas no son así. Para poseer el verdadero calor, ¡debemos introducir el Sol dentro de nosotros! Hará tanto calor que sudaréis y hasta os veréis obligados a desnudaros enteramente. Evidentemente, esto es algo simbólico, significa que conoceréis la verdad. Sabéis bien que se dice: “Ver la verdad desnuda”. Actualmente los hombres son como los esquimales, están tan congelados que se arropan con espesos abrigos de pieles de donde les sale apenas la nariz. ¿Cómo queréis que se conozcan, que vean su belleza y se manifiesten su amor? Hace demasiado frío, no hay Sol, es decir, amor. Cuando venga el Sol, calentará y vivificará tanto a los seres, ¡que se verán obligados a desnudarse, simbólicamente hablando! Verán su rostro, su belleza, su esplendor. Estarán liberados. Porque la liberación es eso: ser vivificado.

Alegraos de tener semejantes condiciones y de poder venir cada mañana a la salida del Sol para saciar vuestra sed, calentaros, aligeraros, liberaros. Sí, en mi opinión, el Surya-yoga supera a todos los demás yogas, porque os permite practicarlos todos juntos aquí, a la salida del Sol, y sentís el efecto favorable del calor, de la luz, de la pureza del aire. Y aunque no hayáis obtenido resultados con los demás yogas, que son difíciles, os queda al menos una cosa: que el Sol os ha calentado, os ha acariciado e incluso os ha dado unas pepitas de oro. Aunque no hayáis tenido resultados, el Sol os ha magnetizado, os ha

curado, os ha colmado con todos los bienes. Rezáis, meditáis, respiráis, y, al mismo tiempo, ¡sois ayudados por el Sol!

Bonfin, 31 de julio de 1967 (por la mañana)

Notas

1 Cf. *Y me mostró un río de agua de vida*, Parte XI, cap. 2: “Las raíces de la materia: los cuatro Animales santos”.

2 Cf. *Lenguaje simbólico, lenguaje de la naturaleza*, Obras completas, t. 8, cap. III: “El círculo (centro y periferia)”.